

A LA SOMBRA DEL PADRE

Villoro, Juan. *La figura del mundo.* Buenos Aires, Random House, 2023, 268 pp.



Yamila Martínez Pandiani

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina
ymartinezpandiani@gmail.com

En los dos centenares y medio de páginas que lo constituyen, *La figura del mundo* de Juan Villoro combina la referencia histórica con la anécdota afectiva y amalgama la crítica con el humor. Se trata del libro más reciente del famoso escritor mexicano, quien revisita la trayectoria del padre, el reconocido filósofo Luis Villoro, en paralelo a su desarrollo personal y profesional. El autor entrelaza episodios de una vida luminosa y una existencia a la sombra, explica sucesos notables de la vida de su padre desde la propia óptica, aquella cimentada por la figuración materna, a la vez que efectúa un reconocimiento a sus dos progenitores en un mismo movimiento, puesto que no repasa los grandes hitos de la trayectoria paterna sin antes abrir el libro con una dedicatoria a la madre, para cerrarlo mediante una conversación con ella sobre el ausente.

El libro, operación intelectual bibliográfica que lo abarca todo —desde su sonambulismo y su “mal de las trincheras” (p. 35), hasta su visión de la paternidad, la asimetría de las relaciones familiares, los amores platónicos, el ferviente “deseo de transformación social” (p. 125) del padre en el cruce con la Historia mexicana—, consta de un prólogo personal titulado “La dificultad de ser hijo”, signo bajo el cual se estructura toda la serie posterior.

Este texto anfíbio cuenta con nueve capítulos: los seis primeros (“El cartaginés”; “1968: los pasos del sonámbulo”; “Filósofos en el estadio”; “Fábula de las naranjas: las dos Españas”; “La tabaquería revolucionaria”; “Un puñado de sal”) están dedicados a los años de juventud y madurez de Luis Villoro: la formación, transmisión de conocimientos y el catálogo de influencias que Juan Villoro, siguiendo los pasos del padre (es decir, su sombra),

profundizó a lo largo de su carrera. De este modo, Villoro hijo abre, desde la escritura, otras series posibles. Los últimos tres capítulos (“Adiós a los libros”, “La culminación de una experiencia”; “El jardín del filósofo”), se articulan en torno al ocaso de la vida del padre, la enfermedad, el despojo de su biblioteca personal, la muerte y la disposición familiar de las cenizas.

Hay quien podría decir que la suya es una oda al padre, un homenaje al hombre de convicciones que se dedicó a la tarea de pensar. También hay quien podría decir, con igual grado de exactitud, que su libro se ubica, por el contrario, en oposición a esa intención celebratoria, puesto que en las escenas de infancia que selecciona el autor, el padre debía “ser indagado” (p. 43), solo “se volvía cercano en la Grecia clásica” (p. 30). Allí, en ese cruce, en ese espacio intermedio se encuentra el núcleo, lo que el autor concibe sobre su padre. Lo cierto es que Villoro esboza un recorrido posible por la vida y la figura del progenitor para autofigurarse; la historia de su padre (y por consiguiente de su tribu) es un medio para un fin, el sustrato que configura su visión del mundo y su forma de entender y hacer literatura.

Si la filosofía ordena el universo, si la inteligencia de Luis Villoro se puso al servicio de “buscar un trazo esencial, un dibujo capaz de definir la inestable ‘figura del mundo’” (p. 14), la literatura del hijo, de quien escribe desde el hoy sobre el ayer para entender y, a la vez, entenderse, es un orden posible del alfabeto, una disposición posible de la propia identidad, cuya propiedad fundamental es su carácter “provisional” (p. 131). Pero es, sobre todo, “una forma de amar” (p. 54), después de la excavación que activa la memoria, la cual “transforma en algo concreto [el recuerdo]: una piedra, una lápida, un reloj” (p. 78).

En alegre adopción del término que el autor utilizó en su famoso texto sobre la forma híbrida de la crónica (incluido en *Safari accidental*, 2017), podríamos aventurar que este hilado artesanal, *La figura del mundo*, es también un “ornitorrinco de la prosa”, ya que en los nueve capítulos, el prólogo y el epílogo que lo integran confluyen la crítica contemporánea y la huella literaria, la experiencia íntima y las proyecciones públicas. Serio pero no solemne, Juan Villoro pone a dialogar, mediante una prosa hipnótica, tiempos (la “apertura democrática” de Luis Echevarría, la masacre de Tlatelolco, la rebelión zapatista) y autores extranjeros y latinoamericanos (Goethe, Benjamin, Derrida, Lyotard, Agamben, Freud, Gandhi, Camus, Sartre, Marshall Berman, pero también Rulfo, Monsiváis, Octavio Paz, Borges). No menos que géneros: la novela, la entrevista, la autobiografía, el ensayo, el teatro, en especial en los vívidos diálogos que repone junto a su saber ilustrado, desde un

ejercicio erudito que se afianza en la cultura popular, en su encuentro con el fútbol, en la referencia cinematográfica o culinaria (como el hilarante momento en el que el autor habla de la supremacía del “Flantástico”, p. 75) pero sobre todo musical (son los Beatles el *soundtrack* no autorizado, un maridaje que acompaña a la perfección la lectura de este libro y la historia de los años más significativos para el filósofo evocado).

Se acerca aquí Villoro a la labor del crítico desde el territorio del biógrafo ya que, con derecho a la biografía por el carácter estrecho del vínculo padre-hijo, elige e inmortaliza episodios de una vida y negocia, juzga, qué es digno retratar. Como lo sugiere la ilustración de portada misma, que pertenece a Amanda Mijangos, Villoro proyecta un mundo posible desde la sombra del padre, a quien “admiraba como se admira un peñasco” (p. 29), a partir de lo compartido pero, también, a partir de la distancia.

En suma, si Franz Kafka escribe su famosa *Carta al padre* para conjurar desde la escritura los efectos de la presencia, Juan Villoro, en cambio, aleja desde la evocación familiar los efectos de la distancia, toma un “mundo interior hecho de temas” (p. 19) para figurar desde allí, entre el foco y la sombra, a su padre y a sí mismo. Postula, en definitiva, entre el él y el yo, entre el ayer y el hoy, un nosotros, y desde allí dibuja en palabras cuál es, según él, la forma del mundo.